

(BW13)

PABLO

O LA

FAMILIA DEL MENDIGO,

DRAMA EN CINCO CUADROS,

ESCRITO

EN PROSA Y VERSO

POR

J. St. Olo.

IMPRESA DEL COMERCIO TOR. J. M. MONTAÑA

LEMA.

—
Año de 1849

IMPRESA DEL COMERCIO

BOGOTÁ EN EL CERO CLAVADO

COPIA DE 1881

100

IMPRESA DEL COMERCIO POR J. M. MONTEROLA.

Ami Madre

J. B. B.

Personas.

D. ROQUE, Conde de Olmos padre de	Sr. Guia
CLARA, amante de	Sra. I. Podio
PABLO, rival de	Sr. Alonso
JUAN, raptor de	„ Segura
MARIA, hija de	Srta. Fournier
TOMAS, padre de	Sr. Fournier
DIEGO, hijo de	„ Hernandez
ROSA, esposa de Tomás	Sra. Hernandez
UN MEDICO	Sr. Ramirez
LACAYOS	COMPARSAS.

La escena pasa en Lima, á principios del siglo XVIII.

CUADRO PRIMERO.

LOS DOS RIVALES.

Salon de lujo. A la derecha del espectador una puerta que se supone dar á las habitaciones de D. Roque: en el fondo otra que conduce fuera de la casa: á la izquierda otra que dá entrada á las piezas de Clara: á un lado un monton de armas y escudos &c.—Es de dia.

ESCENA I.

D. Roque y Clara.

ROQUE.

Mal haces en desechar
Clara mia, mis consejos...

CLARA.

Padre, en asuntos de amar
mal pueden aconsejar
á los jóvenes....

ROQUE.

¡Los viejos....?

es verdad: pero has de ver
que soy padre.. .

CLARA.

Y que no puedo
vuestra voz obedecer:
perdonadme: soy mujer
y ese D. Juan....

ROQUE.
¿Te dá miedo?

CLARA.

Miedo.... por cierto que nó;
mas si quereis que obedezca
no deseándole yo,
quien antes no le adoró
puede que al fin le aborrezca.
Yo sé que es rico D. Juan,
jóven, arrogante, hermoso,
y amado siempre, galan....
pero.... los ricos están
llenos de un airc orgulloso,
tan nécio y tan insolente,
que si en mi mano estuviera....

ROQUE.

¿Buscaras un pretendiente
que tuviera solamente
amor en la faltriguera?

CLARA.

Quizá.... Soy rica, y prefiero
tener un pobre marido
con honor y sin dinero,
que no un noble caballero
con el corazon... perdido!

ROQUE.

Pues, Clara, ya á D. Juan dí
mi palabra, y ha de ser!
Y, ¿qué responderle si....

CLARA.

Que me hicísteis su mujer
sin consultármelo á mí.
Y respondedle, señor,
que no se puede cumplir
esa palabra de honor,
porque ni quiero su amor
ni vos le podeis... mentir!

ROQUE.

Ah! no esperaba, á fé mia,
una obstinacion tan rara....

Oh! ¿quién sabe si algun dia
ya algun otro amor ardia
dentro de tu pecho, Clara?...

Sí! bien lo dicen ahora
tus ojos, tu turbacion....

Quizá, quizá te desdora
el hombre infame que adora
tu inocente corazon!

CLARA.

Infame, no, por el cielo!

ROQUE.

Ah! luego es cierto....?

CLARA.

Dios santo!

ROQUE.

Bien! he rasgado ya el velo....
mas: ¿porqué ese desconsuelo,
porqué, hija mia, ese llanto?

No: yo amo tu ventura
mas que mi vida.... no quiero
sacrificar tu hermosura.

Tu pasion ha de ser pura,
y si él es un caballero,
tendrá tu mano.

CLARA.

Dios mio!

ROQUE.

Con harta franqueza te hablo:
háblame tú sin desvio.

El hombre de este amorio,
¿quién es, hija mia?

CLARA.

Pablo!

ROQUE.

Pablo!

CLARA.

Sí!

ROQUE.

Pero callemos
que siento pasos afuera....

Clara: mas tarde hablaremos
y entonces decidiremos....
lo que tu fortuna quiera.

[Vase D Roque por la puerta de la derecha. y sale Pablo.
por la puerta del fondo]. (Vase

ESCENA II.

Clara y Pablo.

PABLO.

Luz de mi amor! alma mia!
héme, Clara, junto á tí—
mas: ¿porqué de tu alegría
turbó la melancolia
las dulces horas así?
Oh! dime: ¿qué pudo dar
tal tristeza á tu semblante?
¿debo tal vez recelar
que te cause ese pesar
tu pobre Pablo, tu amante?

CLARA.

Sí.

PABLO.

No lo entiendo, por Dios!
¿Yo angustiarte, yo, que diera
mi sangre, mi vida entera,
por no ver entre los dos
una desdicha siquiera?
¿yo, llenarte de tristeza,
y, arrancarte ese lloro,
cuando es solo tu belleza,
tu ternura, tu pureza,
lo que sobre el mundo adoro?
Oh! te engañas, alma mia!

CLARA.

No me engaño, Pablo, no!

PABLO.

Mas de esa melancolia
dime la causa sombría
para remediarla yo.

CLARA.
¿Has conocido á D. Juan,
aquel jóven orgulloso
que viene aquí...?

PABLO.
¿El capitán?
le conozco. .. es un truhan!

CLARA.
Quieren que sea.... mi esposo!

PABLO.
¿Tu esposo?... le arrancaré
¡por mi vida, el corazón!
Oh! si! le destrozaré!...
Clara! Clara!... yo no sé
lo que digo!

CLARA.
Mi pasión
es solo tuya: jamás
de otro hombre esposa seré—
Solo de tí! ¿quieres mas?
antes morir me verás
que olvidar a quien amé!
Pero mi padre... empeñó
su palabra sin saber
si no le amaría yo....

PABLO.
¿Y tú dijiste...?

CLARA.
Que no!

PABLO.
Leal y noble mujer!

CLARA.
Mi padre quiso escuchar
el nombre de quien amaba....

PABLO.
¿Y pudiste revelar?...

CLARA.
No lo pude remediar,
y ningun camino hallaba
para salir de tan dura

dolorosa situacion:
en tan terrible amargura
crei encontrar la ventura,
y....le abrí mi corazon!

PABLO.

¡Y él?

CLARA.

Me dijo: "Si aquel hombre
"que amas, es un caballero,
"faltar con D. Juan prefiero:
"que entre tu dicha y su nombre
"siempre tu dicha es primero. —"
Ah! noble padre, a fé mia!

PABLO.

Sí, muy noble! mas, oh Clara!
tengo en el alma hidalguia,
pero darle no podria
las pruebas que él anhelára.
Ah! ¿qué importa que yo sea
de corazon sin mancilla,
si no es posible que él vea
que quien en tí se recrea
solo á tus gracias se humilla?
¿Cómo, cómo mi nobleza
puedo probarle? ¡Oh destino!
venderia mi cabeza
por tener un pergamino
para comprar tu belleza!
¡Ah! no lo tengo! soy noble
de corazon....nada mas!
y es mi desventura doble....
mas quien no es de pecho, noble,
no será noble jamás!
Ah! D. Juan!....sí! yo te juro
que ha de ser mia, por Dios!
yo, pobre jóven oscuro,
pondré á tu ambicion un muro,
y...nos veremos los dos!

CLARA.

Pobre Pablo: será en vano

tu venganza; que el furor
no puede darte mi mano:
deja al tiempo el ódio insano
que él satisfará tu amor.

PABLO.

¿Y puedes aconsejar
tú, Clara mia, que espere,
cuando en el mundo de amar
las horas han de volar
tan pronto como se quiere?

CLARA.

Tambien para mí tardias
pasan ¡oh Pablo! las horas
melancólicas, sombrías!

PABLO.

No tanto como las mías
cuando pienso que me adoras—
Que es un tormento el amar
las gracias de una mujer,
porque al fin hay que esperar
algun desdén que llorar
ó.... algun rival que temer.

CLARA.

Me ofendes!

PABLO.

Perdona, Clara!

[Le toma una mano y permanece asi hasta el fin de la es-
cena.]

CLARA.

Deja á mi cuidado ahora
nuestro amor. Padre me adora,
y enerjia no encontrára
viendo á su Clara que llora.
Ah! diré que eres mi amante:
que no pudiera vivir
sin tu amor un solo instante....

ESCENA III.

Los mismos, Juan.

[D. Juan entra por la puerta del fondo—Clara hace un movimiento de sorpresa—Pablo cruza los brazos y lo mira de hito en hito.]

JUAN.

Ah! bellissimo, arrogante!....

PABLO.

Caballero!

JUAN.

Es de reir!

Seguid: que si os estorbo, soy discreto
y á un lado me pondré: mientras os juro
guardar, noble señora, este secreto.

Mas, á fé de quien soy, nunca pensara
que á vuestras plantas un amante viera:
¡un amante, un amante!.... Da. Clara!

¿Sabeis que si con vos no le mirara
el corazon le arrancaria ahora?

¿Sabeis que no será nunca mi esposa
quien las canas de un padre
y su nobleza, como vos, desdora?

¿Y sabeis que es infame, caballero,
mal dije, no lo sois.... sois un villano!

PABLO.

Ah! (*con furor*) Perdonad! (*conteniéndose*)

¿Me perdonais? (*con fingida humildad*)

JUAN.

Lo quiero....

por compasion....

PABLO.

¿Y aceptareis la mano
que ofrece al caballero, este villano?

[Le dá una bofetada]

JUAN.

Infierno! he de vengarme!

CLARA.

Socorro!

[Se arroja sobre Juan y lo detiene. Pablo toma la espada del Conde que estará sobre una mesa].

(9)

JUAN.
Con tu sangre he de lavarme!

PABLO.
Y con la tuya yo!

JUAN.
La sed me abrasa
de arrancarte la vida!

ESCENA IV.

Los mismos, Roque.

ROQUE.
Silencio, caballeros, en mi casa!
Envainad ese acero
y marchad á reñir en donde os plazca!

JUAN.
Pues, decid, caballero,
si vengo solo á tolerar agravios
de un villano insolente,
yo, que no doblo ni ante vos la frente!

ROQUE.
Siempre, D. Juan, amigo
sois para mí; pero primero os juro
que os batireis conmigo,
que desnudar la vengativa espada
delante de un anciano.

PABLO.
Pues si valiente sois, venid al punto
que vuestra injuria reparar espero.

JUAN.
Ven á pedirme tu perdón, villano!

PABLO.
Ven á besar mis plantas... caballero!
[Se vá por la puerta del fondo y tras él Juan].

ESCENA V.

Roque y Clara.

ROQUE.
¿Qué es esto, Clara?

CLARA.

Señor...

nada... nada... un arrebato.

ROQUE.

Mas hace apenas un rato
que luchaban con ardor.

¡Oh! por cierto parecia
que era aquel un duelo á muerte,
y no desearia verte
siendo la causa... A fé mia
que esto no es bueno, no, Clara.

CLARA.

Ah! no, no ha sido, señor,
sino un momento de ardor...

Ya veis... en nada repara
por cierto un rival celoso,
y no me ha sido injurioso
que él solo se arrebatare...

¿y os parecerá muy bien
que si la culpa es ajena,
yo deba pagar tambien
las contiendas en que estén
los que el furor enajena?

Del nécio galan me rio...

Mas, permitidme señor
que me retire... (ap.) ¡Dios mio!

que en el feroz desafio
no, noperezca mi amor!... (se vá)

ESCENA VI.

Los mismos, Tomás.

TOMAS.

El señor conde de Olmos? [á la puerta del fondo]

ROQUE.

Pasad adelante, buen hombre. ¿Qué quereis?

TOMAS.

[Habla en esta escena con un acento de profundo descon-
suelo]

¿Acaso no se acuerda el Conde de haber visto al-

guna vez, menos arrugadas las facciones de este pobre viejo?

ROQUE.

No lo extrañeis... pero debe hacer mucho tiempo, porque no conservo casi el mas leve recuerdo...

TOMAS.

¡Entre los grandes capitalistas que conocisteis, habeis perdido de vuestra memoria el nombre de uno, que fué vuestro amigo, y que, catorce años ha, fué despojado de sus riquezas y... entregado por una calumnia á la Inquisicion?...

ROQUE.

Ah! eres tú, Tomás?

TOMAS.

Si—soy el mismo, el mismo: pero lleno de canas y de amarguras, pobre, y... pordiosero!

ROQUE.

¡Ah! ven, buen Tomás!... cuando te creiamos muerto, cuando ya no teniamos esperanza de verte, te miro conmigo despues de catorce años de ausencia!

TOMAS.

Si! catorce años de tormento! que han pasado sobre mi corazon como un torrente de fuego!... Catorce años de hierro, de desesperacion y de lágrimas

ROQUE.

¡Cuánto habrás padecido!... Pero: ¡cuál ha sido tu historia?

TOMAS.

La noche que fuí arrancado del seno de mi familia, de mi buena mujer, de mis hijos, aquella noche fuí llevado á la Inquisicion, y sin oirme, se me condenó á ser quemado vivo.

ROQUE.

¡Oh! eso es horrible!

TOMAS.

El verdugo habia muerto muy poco antes, y se me propuso que yo fuera... ¡oh! que fuera verdugo para salvar la vida!

¡Y tú?

ROQUE.

TOMAS.

Yo... habria elejido perecer;... pero tenia una esposa y dos hijos, cerré los ojos, y... acepté!—Oh! al otro dia, al otro dia tuve que preparar el suplicio!... Era un jóven, bello y robusto, de la misma edad de mi hijo, el que iba á ser sacrificado—Le ató al potro: tomé en mis manos la tea y el haz de leña comenzó a arder—¡Ah! Dios mio, Dios mio!... Las llamas tocaban el cuerpo del infeliz, y sus alaridos me desgarraban el corazon: creia ver á mi hijo... Mis miembros se retorcian viendo retorcerse los de la víctima: sus ojos querian saltar: un temblor convulsivo lo estremecia: y las llamas allí, perennes, devoradoras, implacables, iban calcinando poco á poco y haciendo cenizas sus formas: y él con la voz ahogada gritaba: “madre mia! madre mia, si vieras á tu hijo!”

ROQUE.

¡Oh! ¡qué horror!

TOMAS.

Mas tarde... una jóven hermosa como los anjeles, fué condenada á la tortura!... yo tambien tenia una hija!—La pobre criatura, en laagonia de sus fuerzas, volvió á mí los ojos, me dirijió una mirada triste, una mirada que me llegó al fondo del alma, y exclamó—“Dios te perdone!—pero tus hijos, si los tienes, ¡ah! deben ser muy infelices algun dia!...” y espiró!... Esa voz suena hasta ahora en mis oidos como una maldicion, entre los recuerdos de catorce años de suplicio!

ROQUE.

¡Pobre amigo mio!

TOMAS

Mas tarde... la angustia agotaba mi vigor, ya no tenia aliento y mis cabellos habian encanecido antes de cinco años. El tribunal que me despojó de mi fortuna, vió que era inútil para seguir en las horribles tareas de verdugo; y me condenó a nueve años de prision!—Era casi cierto que yo no viviria tanto tiempo. Se me llevó por un subterráneo que tiene

su entrada cerca de los Desamparados, en la orilla izquierda del río, y fuí sepultado en un calabozo.

¡Ah! mil veces quise despedazarme contra las paredes de mi encierro y acabar con mi desgracia! Pero mis hijos!... yo esperaba ver á mis pobres hijos algún día, y tuve valor para soportar la vida!

ROQUE.

¿Y cuando se cumplió el plazo...?

TOMAS.

Fuí puesto en libertad hace un mes: busco á mi familia por todo Lima, y pido limosna para vivir!

ROQUE.

¿Y has encontrado á tus hijos?

TOMAS.

No: ¿quién puede saber dónde se oculta la familia del pordiosero? ¡Ah! señor Conde—yo os pidiera un alojamiento en vuestra casa, si no...

ROQUE.

Es tuyo cuanto poseo, buen Tomás.

TOMAS.

Si encuentro á mi mujer y mis hijos. Para mí nó: ya me he acostumbrado á dormir en un suelo húmedo y en una atmósfera corrompida. ¡Ah! es la única... no, es la segunda vez que encuentro un corazón noble, un hombre que no insulte la desgracia... sin conocerla! Si hay algo solemne y sagrado en el mundo es... el dolor de la miseria!

ROQUE.

¿Has dicho que es la segunda vez?

TOMAS.

La otra, es la que encontré un joven... á quien pedí una limosna! Me entregó cuanto llevaba, y me preguntó si no tenía un hijo que aliviase mi vejez. En pago de su jenerosidad, yo no quise ocultarle mi historia, y se brindó para hacer las veces de mi hijo. Todas las noches, á las ocho, va á encontrarme, me lleva una limosna, habla conmigo como con un padre, me quiere consolar, y pasamos una hora oyendo el canto...

(14)

ROQUE.

¿De quién?

TOMAS.

De una jóven que vive en la reja inmediata. Tiene una voz tan dulce! Es el único instante de felicidad para mí, oír su acento y las palabras consoladoras de ese jóven... Es tan noble!... ¡oh, muy noble, porque respeta y alivia los pesares!....y me promete volverme á mis hijos!....

ROQUE.

¡Bello corazón! ¿Y sabes su nombre?

TOMAS.

Sí: se llama Pablo de Mendoza.

ROQUE.

¡Pablo!

ESCENA VII.

Los mismos, Pablo:

[Pablo entra á paso lento, con la espada en la mano y la coloca donde la tomó antes.]

ROQUE.

Hélo ya aquí!

PABLO.

Señor Conde....

ROQUE.

Mi buen Pablo! [*se levanta y le dá la mano*]

PABLO.

Perdonad

si el enojo de un momento
me pudo hacer olvidar
que me hallaba en vuestra casa....

ROQUE.

Estais dispensado ya;
mas temo que en ese duelo
hayais herido á D. Juan.

TOMAS.

Los separé, señor Conde..:

ROQUE.

¿Quieres que me enoje? ¡bah!

para tí no soy ahora
sino Roque, nada mas.

TOMAS.

Pues bien, Roque, se batian
y yo que creí mirar
en peligro la existencia
de los dos, volé hácia allá,
me eché por medio de entrambos
y los pude separar..
Roque! ya sabes... que tengo
mucho horror..

ROQUE.

No hablemos mas
de tus recuerdos.

TOMAS.

¡Oh! nunca,
nunca los podré olvidar!
Eternamente me acosan
sin que descanse jamás!

ROQUE.

¿Y D. Juan?

TOMAS.

Quedó emplazado
para volver á lidiar.

ROQUE.

Y ahora me toca hacerlos
un cumplido... ¡Voto á tal!
que me ha llenado de gozo...

PABLO.

Qué?

ROQUE.

La jenerosidad
con que quisisteis ser hijo
de un infeliz,... de Tomás.

PABLO.

¡Ah! no lo merezco, no!
que solo he sabido dar
lo que daría cualquiera

en una ocasion igual.
 Tuve el remedio en las manos,
 y ante mí la enfermedad.
 ¿Qué diriais si yo viera
 un desgraciado pasar
 y no calmara su angustia
 y aliviara su ansiedad?
 ¡Ah! para mí es un infame
 quien no cumpla deber tal!
 ¿No es mezquino y miserable
 ver tanto magnate audaz
 que dá su pan a los perros
 y niega al mendigo un pan?
 ¿No es un sarcasmo terrible
 lanzado á la sociedad
 ver encubierto de harapos
 un hombre noble y leal?
 ¡Ah! no saben cuánto, cuánto
 de miseria y soledad,
 de lágrimas y torturas
 el pueblo sufriendo está!
 y como se alza un festin
 sobre un bajel en el mar,
 asi viven los magnates
 mientras en la cumbre están...
 arriba, música y cantos
 y abajo.... la tempestad!
 y el pueblo padece y calla!
 y los grandes al mirar
 las lágrimas que en sus ojos
 hirviendo la furia está,
 de cuando en cuando lo aduermen
 con la voz de "Libertad",
 como al perro muerto de hambre
 se arroja un trozo de pan!
 Mas, mi calor me extravia
 y, á fé, no quisiera hablar,
 porque en resúmen es siempre
 muy amarga la verdad!

[Suena una campanilla dentro]

ROQUE.

Ola, amigos! nos aguarda
el comedor: ea, andad:
venid Pablo: tú, conmigo
camina mi buen Tomás.

[Todos se van—Pablo se detiene y vuelve al proscenio.]

ESCENA VIII.

Pablo solo.

¡Oh! todo lo sabe el Conde,
y mi corazon ha visto!
Suerte mia: ¿adonde, adonde
la ventura! quedará?
¡Ah! mientras viva, ninguno
me arrancará su belleza,
que si hay en D. Juan nobleza,
nobleza me sobra acá. (*señalándose el corazon*)
Y hemos de ver, á fé mia,
cuál triunfa de los rivales,
si él con toda su osadía
ó yo con esta pasion—
Y salga lo que saliere,
veremos en la contienda
qué nobleza se prefiere...
la sangre ó el corazon!

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

UN ANJEL TUTELAR.

El Teatro representa, á un lado, una pequeña habitacion miserablemente amueblada—en ella, una cama ó tarima, donde está la madre de Diego—En un rincon una bujia—Puerta de lienzo que da á la otra mitad del escenario, que es calle—un poste de piedra en la puerta al lado de fuera—Es de noche.

ESCENA I.

Diego y Rosa.

Diego se pasea de un lado á otro de la calle con los brazos cruzados—Rosa acostada en la tarima.

DIEGO.

Qué noche tan oscura! mi pobre madre estaria temblando de frio, si la fiebre no la abrasara. ¡Ah! pobre madre mia, sola, moribunda, sin mas que un hijo.... un hijo condenado á pedir una limosna para alcanzarle un pedazo de pan!.... Ella, sobre una tarima, enferma y hambrienta, confundida con lo mas vil del populacho, cuando hubo un tiempo en que su casa era un palacio lleno de bullicio, de fiestas, de caballeros; opulenta y querida en la corte y acompañada por la nobleza—¡Oh! qué contraste! Yo me acuerdo como de un sueño, de aquella vida de felicidad que desapareció hace tanto tiempo! ¡Ah!

Quién me hubiera dicho que despues de perder á mi padre, debia ver á mi madre agonizar entre mis brazos! Hace tres dias que velo, y hoy no he tomado alimento—Tengo hambre, y me falta un pan: tengo sed, y carezco de agua: hace frio, y he tenido que cubrir con mis vestidos á mi pobre madre: por eso casi ni siento el hielo de la noche. . . . Pero alguien se acerca.

ESCENA II.

Diego y Pablo.

Pablo sale por el fondo de la calle y se encamina hasta la puerta de la habitacion, en que Diego le sale al encuentro.

DIEGO.

¡Caballero! dadme una limosna!

PABLO.

¡Una limosna! pero sois demasiado jóven para pedirla.

DIEGO.

¡Quereis que añada: “¡Por amor de Dios!”—

PABLO.

No: no es menester, por cierto: aquí la teneis. (*le da una moneda*) Pero, desearia que me diéseis una contestacion; os suplico que me expliqueis este enigma, que, á la verdad, me deja asombrado. Me permitireis entrar

DIEGO.

¡Quereis que os devuelva nuestra limosna? (*resentido*)

PABLO.

(*Ap.*) Su arrogancia me interesa. [*alto*] Os juraria que no he pretendido sorprender un secreto, pero sí conocer si os aquejaba alguna privacion. . . . para remediarla.

DIEGO.

¡Oh! gracias! gracias! Sois muy jeneroso; ¿y no os avergonzareis de hablar con un mendigo?

PABLO.

Me enorgullezco de ser hermano de los que pade-

cen—Es un miserable quien teme que se vea su desgracia y se hace mas infeliz para esconderla!

DIEGO.

¡Oh! he encontrado un corazón como el mio!

PABLO.

¡Pues bien! aqui teneis mi mano.

DIEGO.

Y vos la mia. [*se estrechan las manos*] Entrad sin hacer ruido, y hablaremos—¡Ah! necesita tanto un desahogo, quien sufre dolores como los mios!—
(*entran en la habitacion*)

PABLO.

Podeis hablar: comenzad; os escucho.

DIEGO.

¡Quereis saber qué privaciones me atormentan?... Ved! ved esa tarima, [*señalándosela*] mirad los harapos que la cubren, contemplad la horrible desnudez de este aposento,, pues alli, sobre esas tablas, agoniza mi madre! ah! ¿no teneis una madre? ¿no comprendeis lo que es mirar una vida, que se quiere mil veces mas que la nuestra; irse apagando dia por dia, hora á hora, minuto á minuto, y no poder hacer nada, nada, para salvarla de la muerte, para mitigar siquiera sus dolores! ¡ah! mirad si estas privaciones son espantosas como la fatalidad!... Y esto es nada todavia: porque los tormentos de su alma son mas horribles que los de su cuerpo! ¡Oh! la muerte seria un bien para ella! para ella que ha perdido la esperanza de abrazar á su hija!

PABLO.

Me habeis llenado de tristeza, buen amigo... ¿Teníais una hermana?

DIEGO.

Si... la tenia, pero no la verá mi infeliz madre cuando llegue su última hora!

PABLO.

¡Ha muerto?...

DIEGO.

No... no ha muerto... pero!... se la han robado!

PABLO.

¡Y no podeis buscarla? ¿no conoçais á su raptor?

DIEGO.

Yo la hubiera encontrado, la habria arrancado del fondo de la tierra; pero tenia que dejar sola á mi madre y un pensamiento horroroso me asaltaba... ¡Quién sabe si al volver, la encontraria muerta!... ¡Cómo dejarla perecer sola, sin que pudiera hablarme; sin recibir su último adios, su última bendicion?

PABLO.

Sin embargo, no perdais la esperanza: yo la buscaré por todo Lima—¿Teneis alguna seña para descubrirla?

DIEGO.

Si... tiene la costumbre de cantar... su voz es tan dulce!.

PABLO.

(*para sí*) Ah! si será la misma que he oido en la reja, con el buan Tomás... [*alto*] ¿Y conoçais la cancion que suele entonar mas frecuentemente?

DIEGO.

Es una que empieza asi, poco mas ó menos....

“Flor ignorada en el mundo

“sin perfume ni colores...”

PABLO.

¡Es ella! ¡ella misma!

DIEGO.

(*con ansiedad*) ¿Acaso sabeis dónde se encuentra?

PABLO.

Sí, pobre amigo mio—Yo os juro devolveros esta misma noche, la desgraciada niña.

DIEGO.

¡Oh! muy desgraciada!... Yo os bendigo, porque habeis sido un ángel de consuelo para mí. ¡Ah! ya no morirás sin ver á tu hija, pobre madre mia! Si... gracias! gracias! pero... aun es poco...

PABLO.

¡Poco?

DIEGO.

Me falta aun la venganza! quiero arrancar la vis-

da al infame que abusó tan vilmente del infortunio!
¡Oh! para los corazones buenos el dolor es sagrado,
pero los nobles escupen la miseria, y Dios se estre-
mece de ira con tan horrenda profanacion!

PABLO.

¿Luego su raptor es un noble?

DIEGO.

Sí... es lo que los hombres llaman noble... porque
quizá uno de sus abuelos tomó la fortaleza de algu-
na ciudad enemiga: ó tuvo bastante dinero para com-
prar una ejecutoria; pero es un villano! un misera-
ble!

PABLO.

¿Su nombre?

DIEGO.

D. Juan de Cabezas.

PABLO.

¡D. Juan!

DIEGO.

¿Le conoceis tambien?

PABLO.

[*con reserva*] Sí... pero otra vez hablaremos de
eso... Son las siete y cuarto, y tengo una cita para
las ocho, con un buen viejo... El me ayudará á de-
volveros á vuestra... ¿su nombre?

DIEGO.

Maria.

PABLO.

A vuestra Maria. Entre tanto, id á llamar á un
médico, y haced que cure á vuestra madre. [*le da
un bolsillo*] Yo la acompañaré mientras este is fuera.

DIEGO.

¡Ah! teneis un noble corazon, caballero! Dios pre-
miará vuestra jenerosidad. Mientras vuelvo, podeis
leer algunos manuscritos que conservo, y sabreis al-
go de la historia de mi familia...

PABLO.

Bien está: ya sabeis que antes de las ocho...

DIEGO.
No tardo: quedad con Dios.

PABLO.
El os acompañe. [*vase Diego*]

ESCENA III.

Pablo, y Rosa en la tarima.

PABLO.

[*con sarcasmo*] ¡Ah! ño lo sabia!

Me place, D. Juan,
saber que robabas,
tambien sin piedad,
la vida á esa madre,
la honra y la paz
de aquella inocente
que escondes allá!

Me place, á fé mia,
que el noble rival
que quiere arrancarme
la felicidad,
de noble no tenga
sinó su caudal,
el nombre, la audacia
y el brillo.... no mas!

¡Ah! si.... ya veremos
quien sabe triunfar....
si tú con la pompa,
soberbio D. Juan,
ó yo con quitarte

la presa en que estás
cebando tu infamia!

Mañana!.... (*corta pausa y se sienta*) quizá
si acaso la suerte

me quiere arrancar
la vida... ¡quién sabe!
si habré de mirar
morir mi esperanza
de amor... no! jamás!

¡Clara! serás mia!

Si, mia! [*corta pausa y observa los papeles que
estarán sobre la mesa*] Mas, ¡ah!

no es esta la firma
del viejo Tomás?

¡Ah! sí! su nombre!... Es él quien ha trazado
las líneas de este escrito—¡Oh! si supiera
que sus hijos aun no han abandonado
la sombría carrera

de su vida infeliz! si le dijera
que su esposa delira,

y en el silencio del dolor espira!

No: nunca, nunca: no!... ¡mísero anciano!
con qué violencia yá la desventura
sobre tu frente descargó la mano!

Ah! valor me faltara
para llevarle la finesta nueva:
que es la dicha muy cara

si una esperanza á perecer se lleva!

Él, que sueña en la gracia y hermosura
de su hija hechicera,

creería verla celestial y pura

y abrazaría ¡oh Dios!... una ramera!

Él, que á su esposa bella y adorada

busca sin descansar noche ni día,

en vez de la mujer idolatrada

un cadáver ¡no mas! encontraría!

ESCENA IV.

Los mismos, Diego y el Médico.

MÉDICO.

(*con importancia*) Buenas noches, caballero.

PABLO.

Así las tengais, amigo.

MÉDICO.

¿La enferma?

DIEGO.

Aquí la teneis.

MÉDICO.

Su rostro es muy amarillo!...

Veamos... la fiebre es grande! (*despues de haberle tomado el pulso*)
¿habeis notado delirios?

DIEGO.

Eran antes muy frecuentes
mas ahora no percibo
cosa alguna...

MEDICO.

¿Habla?

DIEGO.

No....

MEDICO.

(*ap.*) Malo!

¿Sois vos acaso su hijo?

DIEGO.

Si.

MEDICO.

(*ap.*) Peor!.... Es mi deber (*alto*)
aunque me pese, deciros
que esta señora.... me ofrece
poca esperanza de alivio...

DIEGO.

¡Ah!

MEDICO.

[*ap.*] Tanto mas, cuanto que apenas
me podré echar al bolsillo
una miseria... (*a Diego*) con todo,
no desesperéis, amigo!
me intereso como vos
en esta cura... y afirmo
que una asistencia constante
pudiera operar prodijios...
[*ap.*] para mi bolsa... (*alto*) y que Dios,
si de ello fuere servido,
puede hacer que vuestra madre
se restablezca...

DIEGO.

¡Dios mio!

Venid, señor, no dejéis
que muera.

MEDICO.

Estoy decidido
á verla, si asi os parece,
dos veces al dia.

DIEGO.

Miro
como promesa sagrada
vuestra oferta!

MEDICO.

[*ap.*] Vaya un tino
para hacer lo que pretendo.
(*alto*) Contad con ello, y repito
que hay esperanzas... Mas es
ya muy tarde y me retiro...
dejándoos una receta.
Felices noches, amigos!

PABLO.

Tomad (*al médico*)
vuestra paga, señor mio, [*le da una moneda*]

MEDICO.

En verdad... no me acordaba...
mas., ¿cuatro reales?... miro
que me quereis insultar
cuando os hago un beneficio...

DIEGO.

¿Y qué? pues asi se pagan
á los médicos...

MEDICO.

Los hijos
de este pais serán esos:
¡mas un estraño! ¡es indigno!
que un médico de Paris
venda á precio tan mezquino
su reputacion, su ciencia,
bah! señores, me despido.

PABLO.

¡Ah! tomad. [*le da otra moneda*]

MEDICO.

Esto es ser hombre...

(*ap.*) como yo los necesito...

(*alto*) adios! (*vase*)

PABLO.

[*ap.*] Esto es tener
patente para bandido.

ESCENA V.

Pablo, Diego y Rosa en la tarima.

DIEGO.

¿Habeis leído alguno de los papeles, mi jeneroso amigo?

PABLO.

Si... he visto en uno la firma... pero desearia oir de vuestra boca la historia de vuestra familia—y tal vez os interesa mas de lo que podeis pensar.

DIEGO.

Oid: catorce años ha, mi padre era un capitalista opulento, y mi madre era una bella señora, halagada por los mas nobles caballeros de la Corte. Una noche, mi padre desapareció. Despues se nos dijo que habia sido juzgado por la Inquisicion, y que sus bienes quedaban confiscados. Tuvimos que abandonar nuestra casa, y reducirnos á ocupar una miserable, en uno de los arrabales. Nuestra suerte era cada dia mas desgraciada: mi madre se vió sola, abandonada por los que antes la lisonjearon, y sin recursos para sostenernos, á Maria y á mí, que éramos entonces muy niños.—Cinco años despues supo que mi padre estaba encerrada en un calabozo, y que no saldria de él en nueve años! ¿Pensais que un hombre pueda vivir en una prision... y qué prision... tan largo tiempo?

PABLO.

Tal vez...

DIEGO.

No: cuando se ha vivido en la opulencia, es preciso tener el corazon muy grande para resistir el infortunio: ¡y un infortunio como ese! una prision de tantos años! ¡Ah! si fuera posible, venderia mi

sangre, mi vida, por encontrar á mi padre y pedirle de rodillas el perdon de haberle acusado alguna vez por mis desgracias!... ¡oh!... con él, sí, con él, yo olvidaria mis dolores, seria feliz en mi desdicha, y mostraria con orgullo mis harapos, si los llevara junto á mi padre! ¡Y ahora! ahora que voy á quedar huérfano, solo en el mundo, con un pasado de lágrimas y... y un porvenir de amargura; ahora que mendigo un consuelo, ¡ah! Yo besaria los pies del hombre que me dijera: ¡ese es tu padre!

PABLO.

¡Y creis que no seria para él un pesar inmenso, encontrar á vuestra madre moribunda... y á vuestra hermana...

DIEGO.

Sí... pero él moriria de angustia si no tuviera la esperanza de ver á uno solo de sus hijos!... ¡No es cruel, por evitarle el pesar que le cause ia pérdida de una esposa, que recibirá el premio de los mártires, poner entre él y nosotros un abismo? ¡No seria feroz negarle la mitad de una gota de agua, porque se habia evaporado la otra mitad? ¡Ah! yo maldeciria á quien negara ese consuelo á su soledad y á su vejez!

PABLO.

Oid vos, ahora. Un hombre puede volveros á vuestro padre; pero duda, teme desgarrar su corazon con la revelacion funesta de vuestras desgracias. Es para él un remordimiento herirlo tan atrocemente, y es un remordimiento tam bien no satisfacer vuestros deseos, y mitigar vuestros dolores. Ambos son muy grandes: elejid, Ese hombre no quiere que caigan sobre su cabeza las lágrimas de amargura de un anciano... Si vos lo quereis...

DIEGO.

¡Sí!... caigan sobre la mia que yo me haré perdonar. ¡Mas, quién es ese hombre?

PABLO.

¡Yo!

DIEGO.

¡Ah! que el cielo os bendiga mil veces! ¡Dejadme que os estreche entre mi corazón!... ¡Oh! me habeis vuelto á mi padre, me habeis vuelto á la felicidad!

PABLO.

Pues lo habeis querido, sea!... Esta noche, vereis á vuestro padre, y acaso á vuestra hermana. En cuanto á mí, permitid que me retire, porque os he dicho que tengo una cita, y no puedo faltar.

DIEGO.

Id, y Dios premie con la dicha vuestra jenerosidad!

PABLO.

Pronto me vereis.

DIEGO.

No olvideis que os espero. (*vase Pablo*)

ESCENA VI.

Diego, y Rosa en la tarima.

DIEGO

¡Oh! gracias, Dios mio!

Por fin le veré

de tantas angustias

y penas despues!

¡Quién es este hombre?

¡Quién es que tan fiel

tan noble y humano

paréceme ser?

¡Acaso es un sueño?....

gozar de una vez

de un padre el cariño

que muerto lloré!

Volverme á Maria!

Su mano tender,

llamarme su amigo...

¡Quién es, oh! quién es?

No sé: mas el alma

conoce que en él

de un noble se oculta

la fiera altivez!
¡Ah, Dios le bendiga
que noble solo es
quien puede al que sufre
la dicha volver.
¡Es noble el que sea
noble como él!

ROSA.

[*delirando*]

¡Ah! Tomás... ya le veo moribundo!...
que prisión... tan... oscura...!
que silencio... tan lúgubre... y profundo...!

DIEGO.

¡Oh! madre, madre mía!

ROSA.

¡Qué pálido!... Tomás!... ya la agonia
le cubre de la muerte!...
Tomás!... yo quiero... con tus hijos verte...
¡Ah!... la sombría rejala...
llegar hasta tus plantas... no me deja!...
¡Qué triste... allí... me mira...!
Solo morir... entre mis brazos quiere...!
¡Ah! Tomás...! desfallece...! si, se muere...!
¡se muere!... (*cae sobre la tarima exánime*)

DIEGO.

¡Madre mía!

¡Ah! también moriré, también yo quiero
perecer junto á tí!—¡Dios de los cielos!
si has de apagar mi última esperanza,
¡un rayo, un rayo á mi cabeza lanza!!!
(*se arroja desesperado sobre la tarima*)

CUADRO TERCERO.

LA HIJA.

El Teatro está dividido. A la izquierda del espectador, la fachada de una iglesia, con gradas en el cementerio.—A la derecha una habitación de reja, frontera á la iglesia.—Es de noche.

ESCENA I.

Tomás sólo.

[Sentado en las gradas del cementerio]

TOMAS.

¡Oh! maldecidas memorias,
que me desgarráis el alma!
¡Cuando un instante de calma
sin vosotras gozaré?
¡No! ¡nunca! siempre conmigo
vivís sombrías, ardientes,
y entre el manto del mendigo
bien os cobijáis, lo sé.
¡Llanto y miseria! ¡tormentos
y desolación y angustia!
¡Malditos remordimientos
que destrozándome están!
¡Y al son de los alaridos
que en mi memoria resuenan
pido, entre amargos jemicos,
un trozo amargo de pan!!

ESCENA II.

Tomas y Pablo.

PABLO.

(*viniendo del fondo*) Héme aqui, buen Tomás.

TOMAS.

¡Ah! señor Pablo...!

¡Cuánto de véros junto á mí me alegro...!

¡Es mi pensar tan negro

y es, ay! tan triste lo que á solas hablo!

No, nunca mis recuerdos me abandonan;

son malditos fantasmas

que un anatema sin cesar entonan

en su fúnebre canto...

¡Pienso en mi esposa y en mis hijos tanto!

¡Ah! si alguno pudiera

devolverme algun dia ese tesoro...

mas no: no lo veré... fuerza es que muera

solo... solo y mendig ... En vano imploro

la compasion del cielo...

no, no la hay para mí...

PABLO.

Ea! no llores,

mi buen Tomás. El alma jenerosa

no se inclina jamas ante la suerte...

[*con intencion*] Y, ¡quien sabe! si acaso poderosa

una mano, la dicha ha de volverte!

TOMAS.

¡La dicha!... no! jamas... que al cielo plugo

que lavara con lágrimas de sangre

mis recuerdos malditos de verdugo! (*acercándose*

al oido de Pablo)

PABLO.

Mas... ¡si acaso algun hombre

tus hijos al volverte, te causara

un profundo dolor...?

TOMAS.

(*interrumpiéndolo y con tono solemne*)

Lo perdonara!

PABLO.

¿Si vieras á tus hijos, qué jemian
solos, pobres, sin pan, y que tu esposa
moribunda y aislada y sin consuelo,
sobre su lecho mísero, se hallara
próxima ya a morir...?

TOMAS.

(como antes)

Lo perdonara!

¡Oh! si acaso ese sueño
en realidad un día se volviera...
si aquel hombre, del cielo descendido,
la vida me pidiera,
¡ah! yo os juro, por Dios, que se la diera!
¡Si...! tal vez ya la muerte ha arrebatado
á mi esposa! quizá mis hijos lloran,
y como yo, del cielo inexorable
en vano, en vano la piedad imploran!
Yo los quiero mirar!... quiero tenerlos
unidos en mis brazos,
quiero llorando con su padre verlos!
aunque despues el corazon del pecho
me arranquen á pedazos!
¿Cuándo será que tan inmensa dicha
mi infortunio merezca?...
¡Oh! baste ya de llanto y de desdicha!
mire á mis hijos yo, mas que perezca!

PABLO.

Pues bien! escucha!... ese hombre
que te puede tornar á la ventura...

TOMAS.

¡Ah! ¿conoceis su nombre? [con ansiedad]

PABLO.

Si... le conozeo... mas...

TOMAS.

¡Dejad que llegue

y á sus plantas me arroje
y con mi llanto paternal las moje!
decid! decid quien es!... yo le bendigo!
Dios mirará mi gratitud, ¡quién sabe!
y olvidará la sangre del verdugo

para enjugar el llanto del mendigo!
¡Oh, Pablo! por el cielo
confesadme ese nombre!
Dad a mi vida el celestial consuelo
de mirar a mis hijos!

PABLO.

Pues tú lo quieres...

TOMAS

En el alma escrito
su nombre llevaré...! seré su esclavo!

PABLO.

Soy yo... pobre Tomás!

TOMAS.

(*se arroja a sus pies llorando*) ¡Dios infinito

PABLO.

¡Eal baste de llanto, buen amigo! (*levantándolo*)
que en el mundo la dicha esta mas cerca
del oscuro mendigo,
que del noble magnate
que entre el fastidio y el placer combate!
Sí... verás á tus hijos y á tu esposa;
los verás esta noche...

TOMAS.

¡Ah! permitidme
que bese vuestras manos... (*se las toma*)

PABLO.

Mas no es bueno
entregarse tan presto á la alegría,
porque en el caliz de ventura lleno
no sabes si tal vez se esconderia
alguna amarga gota de veneno!
Sí! te hallarás con tu familia junto;
pero, Tomás, dejemos por ahora
de tratar este asunto,
que yo tengo tambien que suplicarte
me prestes un auxilio en esta noche
para una empresa...

TOMAS.

Me teneis dispuesto
á hacer lo que querais.

PABLO.

Pues bien; escucha:
¿conoces, por ventura, á la que canta
y oímos cada noche en la ventana...?

TOMÁS.

Si, la conozco, es celestial, encanta;
de la edad de mi hija...

PABLO.

¿De mañana
la has visto?

TOMÁS.

No: de noche.

PABLO.

¿Luego ella
no te conoce bien?...

TOMÁS.

No: que la calle
está de noche por demás oscura,
y alguna vez me he puesto á contemplarla
desde la reja..

PABLO.

¡Bien! es lo que quiero.
Me darás tus vestidos
cuando salga ese noble caballero
que debe estar allí... (*señalando á la reja*)

TOMÁS.

¿Quereis acaso?...

PABLO.

Tomás, no me preguntes lo que quiero:
ya lo sabrás despues.—Luego te pones
á acechar lo que pasa;
y si ves que es preciso, te introduces
á ayudar mis esfuerzos, en la casa.

TOMÁS.

Si tan noble y leal no os conociera,
pensaria, D. Pablo... (*resentido*)

PABLO.

¿Que esta era
una empresa amorosa?...
¡Ah! ¿piensas que tus canas hollaría

yo, buen Tomás?... No. Sígueme y bien pronto
sabrás este misterio.

Y solo aguardo ahora la salida
del noble que entra á ver á la cantora,
esa jóven...(con *amargura*) tan bella y seductora!
Ven á la puerta, allí la espiarémos
y la ocasion propicia esperaremos.

[Se ponen á observar por la reja, y al poco rato se retiran y se introducen al cementerio ó á cualquier parte en que no sean vistos por el público]

ESCENA III.

D. Juan y Maria.

Salen á la habitacion por una puerta que debe haber á la derecha, y que se supone conduce al interior de la casa.

JUAN.

¡Y me despides así,
cuando en mi ardiente pasion
no hay mas gloria para mí,
que sentir que junto á tí
palpita mi corazon?
¡Bella del alma! ¡Maria!
¡Cuándo de mi amor el fuego
satisfarás, alma mia?
tú mi placer, mi alegria:
no quieres oir mi ruego?
¡Ah! ¡temes que yo, mi vida,
falte á mi palabra? ¡yó?

MARIA.

¡Y me creis tan perdida
para ser vuestra querida?
¡No, D. Juan, mil veces, no!
¡Inocente y pura fuí,
pura é inocente soy!
y es en vano para mí
que me hayas traído aqui;
porque es fácil si me voy
mi flaqueza reparar.

JUAN.

¡Ah! ¿lo pensaras hermosa?

MARIA.

Bien lo pudiera pensar
si llego á desesperar

de ser, D. Juan, vuestra esposa;

que es muy doloroso, á fé,

dejar tan solo por vos

cuanto sobre el mundo amé!

Elejid, D. Juan; seré

vuestra esposa... si no... ¡adios!

¡Ah! mirad si os debo amar

cuando he dejado en olvido

mi madre; que de llorar,

quién sabe... no ha de cesar

el yerro que he cometido!

Mas eso nunca me impide

que yo os consagre mi amor...

Si el vuestro no se decide,

no creais que yo descuide

la custodia de mi honor!

Que fuera torpe vileza

y abandono criminal

despedazar mi pureza...

y en medio de mi flaqueza

si hay amor., hay...un puñal! [*lo saca del se-*

no y lo vuelve á guardar]

Y si quereis algun dia

que de la deshonra mia

beba yo misma la hiel,

¡ah! D. Juan! sucederia...

que tropezárais con él.

JUAN.

[Paseándose cou los brazos cruzados, dice aparte.]

Indomable es la chicuela!

Si pudiera por asalto...

pero estoy de centinela

hace diez dias en vela

y van mis tiros por alto!

[*alto*] Pero: ¿porqué esos temores

que te acongojan, Maria?
La bella flor de las flores,
el anjel de mis amores,
de mi pasion dudaria?
¡Oh! ¡cuando estoy á tu lado
el corazon se recrea,
y un ambiente embalsamado
voluptuoso y abrasado
mi amante pecho rodea!
¡Ah! ¡si pudiera pintar
lo que tus gracias, hermosa
me hacen de dicha gozar!
¡Tú, pura como la rosa
perfumada en el altar!
tú, tan bella é inocente,
tan dichosa y halagueña,
pura, celestial, ardiente,
sueño de luz de mi mente,
anjel de amores, limeña! *(la va á abrazar)*

MARIA.

Cuidado! *(dando un salto para atras y enseñándole el puñal.)*

JUAN.

¡Maria amada!
[ap.] ¡Vaya una dura belleza!
Pues señor, muy bien guardada
se encuentra la fortaleza,
y... emprendo la retirada!
[alto] ¡Conque aunque sea tan viva,
tan ardiente, tan activa
mi pasion, mujer del cielo,
eres á mi amor esquivada
y a mis halagos un hielo? [se prepara a irse]
Pues bien! Ya veo, Maria,
que es preciso renunciar
por siempre á la gloria mia!
¡Ah! ¡nunca lo pensaria!
¡No! ¡no me quieres amar!
¡Adios! ¡que yo en mi despecho

voy á buscar un dogall!
[ap. yéndose] O á tenderme sobre el lecho.
(se va por la puerta de la calle)

ESCENA IV.

Maria sola.

¡Pobre Juan!.... se ha ido tan triste! me ama tan to!.... ¡eh! ya estoy sola, sola! ... La soledad me espanta, sí, porque en ella el recuerdo de mi pobre madre me persigue, me acosa como un remordimiento.—Mi madre, tan buena y tan desgraciada! Mi queripa madre... ¿qué será de ella?... ¡ah! pensaré que su Maria está entregada al crimen, deshonorada!... y sin embargo yo soy tan pura como antes, y no temeria que Dios tomara mi corazón en sus manos!... Pobre madre mía!... Yo creí que siguiendo á Juan seria su esposa, y aliviaria tanta miseria, tanta amargura!... Este deseo me indujo á dar un paso que solo él puede disculpar. ¡Oh! no quiera el cielo arrancarme esta esperanza... no! moriria de dolor! [pausa, y se acerca á la ventana] ¡Qué noche tan oscura! ¡esta calle está sola, no veo á nadie! ¡Ah! quiero cantar, no tengo otro alivio en mi tristeza que el canto! Es tan dulce creer que al entonar una canción se arrulla el sueño de una persona amada!...

(toma la vihuela y canta. Tomas y Pablo salen por donde se han ocultado antes—Pablo sale disfrazado con la ropa de Tomas, y se acerca á la reja—Tomás observa ya á lo largo de la calle. ya á la reja.)

ESCENA V.

Maria, Tomás, Pablo.

PABLO.

Prudencia y sigilo!
La noche es oscura,
retirado el sitio;
todo favorece
Tomás, mis designios.

Bien: prontos estamos
camina conmigo
y acecha en la reja,
que habremos salido
muy presto del lance:
y entonces, amigo,
sabrás el misterio
que te ha confundido!
[para sí] ¡Ah! sí! ya veremos
rival, rival mio,
quien triunfa de quien—
Si yo de tu altivo
soberbio ademan,
tu pompa, tu brillo,
ó tú del esfuerzo
de un noble designio—
De Pablo el oscuro,
sin oro, sin rico
valioso palacio!
De Pablo el mezquino
que va á devolver
un padre a sus hijos,
un hijo á su madre,
la paz al mendigo,
y un sello de infamia,
D. Juan, a tu brillo!
¡Oh! guíeme el cielo!
¡Proteja el destino
Clára, de tu amante
los nobles designios! (*llama donde Maria*)
Señora...

MARIA.

[*abre su puerta*] ¡Qué me quereis?

PABLO.

(*inclina la cabeza y permanece así*)

Quiero, Maria, saber
si en el corazón teneis
un resto de compasión!
Quiero saber si aun os queda
alguna leve memoria

de vuestra sombría historia
y... lavar vuestro baldon!

MARIA.

¡Dios mio! ¿quién sois?

PABLO.

¡No importa

mi nombre por cierto, ahora;
solo me importa, señora,
que un instante me escuchéis!
Decid: ¿es cierto que un día
vivíais con vuestra madre
que en la miseria vivía?...
Señora, ¿no respondeis?

MARIA.

Es cierto.

PABLO.

¿Es cierto que un noble,
no! dije mal; un villano!
finjió tenderos la mano
para traeros aquí?

MARIA.

Es cierto!

PABLO.

¿Y es cierto acaso
que váis marchando, ¡Maria!
vos misma, paso entre paso
al abisino?

MARIA.

¡No! ¡no!

PABLO.

¡Sí!

¡Sí! ¡Vais á él en mal hora!
que ese D. Juan que os seduce
y que vuestro pecho adora,
es un traidor criminal!

MARIA.

Os engañais, os lo juro!
no! no ha osado... que mi pecho
está como siempre puro,
y guardo en él... un puñal! (lo enseña)

PABLO.

[*ap.*] ¡Oh! Tomás! cuánta alegría!
(*alto*) ¡Y sabéis que vuestra madre,
que vuestra madre, ¡Maria!
va muy pronto á ver á Dios?
¡Y sabéis que...

MARIA.

¡Santo cielo!

PABLO.

Que de su nefanda muerte,
de su amargo desconsuelo,
la sola causa... sois vos?
¡Sabéis que no tiene ahora
sino un instante de vida,
y que vuestra ausencia llora,
y que en sus delirios...

MARIA.

¡Ah!

¡Ah, madre mia!

PABLO.

¡Y sabéis
que en su postrera agonía
si no le rogais, ¡Maria!
tal vez... os maldecirá?

MARIA.

(*cayendo de rodillas*)

Ah! perdon! perdon, Dios mio!
veme en el polvo humillada,
perdona, madre adorada!
la hija que te adoró!

(Juan sale por el fondo de la calle—Tomás al verlo se oculta hasta que pasa, y luego vuelve á observar lo que sucede en la habitacion de Maria)

MARIA.

¡Oh! si pudiera arrancarme
para dártela mi vida!
¡Oh! quien pudiera llevarme
á tus plantas, madre...

PABLO.

¡Yot!

(Pablo recoge sus vestidos y se cubre al sentir pasos.)

ESCENA VI.

Los mismos y Juan.

JUAN.

¡Eh! ¿qué buscabas aquí?...

PABLO.

Yo... pedia, caballero...
una limosna...

JUAN.

¿Tan tarde?
mas trazas, por lo que veo
tienes, tunante, de ser
bandido que limosnero.
Pero: ¿qué tienes, María,
para tanto desconsuelo?

MARÍA.

¡Oh! ¡cielo santo! ¡mi madre!

PABLO.

No mas finjir. ¡Caballero!

[Arroja el disfraz—Tomás se presenta y se coloca en la
puerta que habrá quedado abierta]

¡miradme! ¡me conocéis?

Soy yo! soy Pablo! que vengo
á devolver á Maria
á donde su madre.

JUAN.

(sacando la espada) ¡Infierno!
Ah! no! no saldrás de aquí,
te lo juro!

PABLO.

Lo veremos!

JUAN.

Ya verás pronto villano,
si es bien agudo mi acero!

PABLO.

¡Ah! cobarde! Este puñal

(le quita el puñal del pecho á Maria)
que te llenaba de miedo
en manos de una mujer,
soy yo, soy yo, quien lo tengo!

ESCENA VII.

Tomás, Pablo, Maria, Juan.

[Tomás se arroja sobre Juan, y asiéndole la mano en que tiene la espada, se la quita y la parte.]

TOMAS.

¡Alto!... ¿Sabeis que si el infame acero de vuestra mano, hubiera consumado esa venganza vil, yo, caballero os hubiera arrancado del pecho el corazon?

JUAN.

¡Ah! ¿quién se atreve?

TOMAS.]

Yo. Un mendigo.

JUAN.

¡Miserable! ¡aleve!

PABLO.

Y ahora... vos, Maria, venid! que vuestra madre en su agonía esperándoos está... ¿quien os detiene?

MARIA.

Juan!...

PABLO.

Si avanzais, sois muerto!
Pues bien! quedad, señora,
y que la madre que espirando llora,
sola, sola sucumba!

MARIA.

¡Ah! ¡no! jamás, jamás!

PABLO.

[con frialdad] ¿Quién os obliga á venir adonde ella? ¡no! quedaos, y vuestra madre mísera os maldiga! maldiga vuestro nombre en su última hora...

MARIA.

¡Santo cielo!

¡Dios mio! ¡vamos!

(45)

JUAN.

¡Abusais, cobarde!

PABLO.

¡No! ¡no! Mañana...

JUAN.

¡Medirás tu acero!

PABLO.

Para que un vil perezca, nunca es tarde!

[Pablo se lleva á Maria,—Tomás queda en el quicio de la puerta amenazando á Juan. Este manifiesta estar vacilando entre salir tras de Maria ó atacar á Tomás.—Cae el telon cuando hayan desaparecido Pablo y Maria.]

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

UN HOMBRE JENEROSO.

[La misma decoracion del segundo cuadro.]

ESCENA I.

Diego, y Rosa en la tarima.

DIEGO.

¡Silencio y soledad! ¡ah! cómo tarda
el ansiado momento
de estrechar en mis brazos á mi padre,
y aplacar á sus plantas mi tormento!
¡Oh, padre, padre mio,
cuántos instantes de dolor pasaron
sobre tus pobres hijos que jemian
y en vano tus caricias aguardaron...!
Tú los verás ahora,
solos, hambrientos.. ¡ah! mas te valdria
no encontrarlos jamas!... verás ahora
á mi madre infeliz y moribunda
que acongojada llora
nuestra horrible horfandad!... á su Maria
que no vendrá en el postrimero dia
para enjugar su lágrima postrera.
¡No! que de un anjel de pureza y gracia
se volvió... ¡padre mio! una ramera!

Tú llorarás su infamia, su vergüenza,
mas yo: yo pediré que la perdones,
que en su rincón oscuro y desvalido,
ella no, ¡la miseria la ha perdido!
¡Ah! yo bien sé que brotará tu llanto
cuando este cuadro de amargura veas!
Mas si tus tristes lágrimas, tu duelo
sobre mí han de caer y me maldices,
¡ah! yo tendré un consuelo...
verte feliz... y contemplar el cielo!
¡Sí! ¡No importa que el mundo
insulte mi dolor y me aborrezca...
mire á mi padre yo, mas que perezca!

ESCENA II.

Diégo, y Rosa despierta.

ROSA.

(*con voz débil*) Diego... hijo mio... ¿dónde estás?

DIEGO.

[*para sí*] ¡Ah! es mi madre!... (*á ella*) Aquí, aquí,
madre mia... siempre contigo... ¿Quieres algo? ¿Tie-
nes algun dolor?—dímelo; no me ocultes nada.

ROSA.

No... no siento sino alguna debilidad.. casi nada.

DIEGO.

¡Pobre, madre mia!

ROSA.

(*con amargura*) Espero verme muy pronto salva...
Pero, no tienes frio?...—Estás casi desnudo... en el
invierno!...

DIEGO.

No, madre mia, mi buena Rosa! me encuentro
bien asi. ¡Siento un placer tan inmenso cuando te
veo algo alentada!... ¿Tienes fiebre?...

ROSA.

No... ya va desapareciendo...

DIEGO.

¡Pero tu mano abrasa!... [*tomandole la mano*]

ROSA.
Sí, pero no estoy .. aletargada... ¿Habré delirado muchas veces...?

DIEGO.
Al principio... una que otra... Mas, despues.. has estado muy tranquila...

ROSA.
Ya lo ves... me hallo mejor... ¿no es verdad?...

DIEGO.
Si, si, madre mia...

ROSA.
Pues bien... quiero... que me hagas... un servicio muy grande... ¿lo harás?...

DIEGO.
¿Y lo preguntas? ¡qué no haré por tí, madre de mi corazon?... Dime lo que quieras... estoy pronta á cumplir tu voluntad. Iré al fin del mundo por satisfacer tu menor deseo... habla... habla...

ROSA.
Me lo prometes....?

DIEGO.
Te lo juro.

ROSA.
Pues bien... oye... Tu padre tenia un amigo... que vive muy cerca de aqui.... Se llama, el Conde de Olmos....

DIEGO.
Sí.... ya sé cuál es su casa....

ROSA.
Quiero que lo veas... ahora mismo... y lo llares...

DIEGO.
¿Y te dejaré sola? no!.... imposible!....

ROSA.
Has jurado....

DIEGO.
¡Sí! Pero perdona! ¿Cómo te puedo abandonar?... ¿Cómo estaré un solo momento fuera de tu lado? no! no!.... Pídemelo que quieras.... pero dejarte.... jamás! jamás....

ROSA.

Diego.... te lo mando....

DIEGO.

¡Oh! madre mia! ¡no me pidas un imposible!....?

ROSA.

Pero es un solo momento.... ¿Quieres.... dar-me.... un pesar?....

DIEGO.

No! no!... Pero, ¿crees acaso que un grande quiere venir á nuestra miserable guarida...? ¡Oh! no me dejarían pasar de la puerta! no!! ¿Has olvidado, madre mia, que los hombres mas poderosos suelen ser los mas indolentes... los mas tenaces perseguidores de la desgracia?... ¡Un rico! un rico!... tanto valdria pedir á un cadáver algunas gotas de sangre!

ROSA.

Es cierto... pero D. Roque... tiene un corazon tan compasivo...

DIEGO.

No! los grandes... no tienen corazon!...

ROSA.

Diego... soy tu madre... obedece!

DIEGO.

¡Ah!... no puedo... Perdóname...

ROSA.

Pensaré que no quieres obedecerme... porque estoy sola... y no esta aqui... tu padre...

DIEGO.

¡Oh! no me partas el corazon! ¡Esa duda es peor mil veces que mi desgracia! No!... pues lo quieres, obedezco! Pero es inútil... ¿Porqué te obstinas, madre mia?

ROSA.

Ve pronto... ya es algo tarde!

DIEGO.

Pues bien! adios, y el cielo vele sobre tí, mientras te dejo!... Pero abrázame... no quiero salir sin abrazarte! (*la abraza y se vá*)

ESCENA III.

Rosa sola.

Sí... ya es muy tarde... mi último momento
siento que llega ya... ¡Pobre, hijo mio!...
ya la agonía... de la muerte... siento...!
Se apodera de mí... punzante frío...
mi corazón... ¡Dios mío!... desfallece...
¡Oh! mis hijos... mis hijos...
ya vuestra madre... en su dolor perece...
¡Ah! sola... sola... sin tener conmigo...
mas que mi soledad... y mi agonía...
¡Si á lo menos... pudiera... orar contigo...
desgraciada... Maria!...
¡Hija del corazón...! ven á mi lecho...
¡Oh! ven á consolarme... en mi abandono...
Siempre te ama... mi angustiado... pecho.—
Hija... de mis entrañas... te perdono!—
¡Al mí... hijo... mi hijo...!
Yo no quise... morir... ante sus ojos...
mas sus amargas... lágrimas de duelo...
siquiera... han de caer... en mis despojos.—
Que el cielo guarde... vuestra triste vida...
él os dé... á vuestro padre...
que yo... mientras... la muerte me... devora...
mientras veo... la tumba... aqui conmigo...
hijos de mis entrañas!... os bendigo...!

ESCENA IV.

Rosa, Diego, Roque.

DIEGO.

Entrad, señor. [á Roque] Madre, he aqui al señor
Conde de Olmos.

ROSA.

Está bien... hijo mio...—Perdonad caballero
si os he importunado ..—

ROQUE.

¡Ah, señora!... Es para mí un placer, encontrarás
mi buena amiga, á la esposa del excelente Tomás y
os prometo que vuestro hijo no necesitará de padre

mientras yo viva.—Pero, ¡cómo os encuentro!.. Vuestro hijo, solo ha querido decirme que la esposa de Tomás me llamaba... y héme aquí—¡Mas, por qué no habeis ocurrido á mí en vuestras desgracias hasta ahora? ¡juzgábais que habria olvidado nuestra amistad? ¡Ah! ya lo comprendo... la desdicha tiene su modestia; tiene un rubor que debe respetarse.

ROSA.

Ya lo habeis dicho... Señor Conde... Desearia, que despues... de mi muerte... no fueran huérfanos... mis pobres hijos... Porque yo... descansaré muy pronto!

DIEGO.

¡Oh! no hables asi, madre mia!.. ¡Te hallabas tan mejor, hace un instante!

ROSA.

Sí... era el alivio... de la muerte!..

DIEGO.

¡Oh!... Dios mio! Dios mio!

ROQUE.

No os angustieis, buen jóven.—Vuestra madre puede resistir aún, y tal vez triunfar de su enfermedad... Sin embargo: si Dios ha decretado que acabe su peregrinacion en este mundo de dolores, si habeis de recojer su última lágrima y su último aliento,... valor! la grandeza de un corazon se mide por la magnitud de la desgracia que sufre. La desesperacion es de los cobardes: la serenidad, de las almas nobles!

DIEGO.

¡Oh! serenidad! ¡Creís que puede tenerla un hijo cuando vé que va á quedar solo, huérfano..? ¡No! es preciso ser mas que hombre para no volverse loco!..

ROQUE.

¡Acaso algun médico ha declarado sin esperanza la vida de vuestra Rosa?..

ROSA.

No... pero mi corazon... no me puede engañar... ¡Ah! pobres hijos míos...!

DIEGO.
(*ap. á Roque*) Ved... ved su rostro pálido, sus ojos hundidos; oid su voz desfallecida, su respiracion difícil: mirad todo esto y, ¿decidme si mi madre no será pronto un cadáver?... ¡un cadáver!...

ROQUE.
Ya os lo he dicho. Una asistencia escasa y una cura tardía pueden haber hecho peligrar la existencia de vuestra madre.. pero tal vez aun es tiempo..

DIEGO.
¡Oh! Decidme: qué puedo hacer para salvarla...?

ROQUE.
Id á casa y haced traer una silla de manos. Conducirán en ella á vuestra madre, y los cuidados de mi familia y una continua vijilancia, pueden libertarla.

DIEGO.
¡Ah! señor!... Dios os bendiga. ¡Cuán jeneroso sois!... Sí, voy volando... Adios, madre... madre mia! y el cielo nos proteja...! (*se va*)

ESCENA V.

Roque y Rosa.

ROSA.
¡Ah! cuanto tiempo ha pasado...
Señor... desde que no os veo...—
Silencioso... abandonado...
mi pobre asilo miré...—
Los amigos... que otro dia...
mi opulencia... lisonjearon...
Sola... sola me dejaron...
y en la miseria quedé!...

ROQUE.
¡Oh! no lo digais, señora,
que es muy injusto conmigo.
No, no lo supe hasta ahora
y héme que vine hasta aqui—
¿Cómo saber dónde estaba
vuestro asilo, buena amiga,
si jamás se os encontraba

en ninguna parte...?

Rosa. —

Sí...

yo quise vivir... oscura...

Sola... sin mas que mi duelo...

mis pobres hijos... el cielo...

y la paz del corazon.—

Sola... sola... con mi pena...

mi desengaño... sombrío...!

fué... el mayor anhelo mio...

perecer.. en un rincon.—

Que en este mundo .. los hombres...

se miden por las fortunas...!

La gloria... el honor... son nombres

que nada... quieren decir...

la amistad... es un fantasma...

que pronto se desvanece...

nada hay... para el que padece...

nada... no mas... que morir...—

¡Oh! gracias... gracias .. Dios mio...

que me arrancas... de la vida...

ya nunca... desfallecida...

me sentiré de dolor...!

No mas miseria.. ni llanto...

ni recuerdos de amargura...

que de la muerte entre el manto

veo... un porvenir de amor...!

Yo velaré... desde el cielo...

por mis desdichados hijos...

mientras... lleven sobre el suelo...

su infortunio... su pesar...!

¡Ah! Dios bendiga... sus pasos...

que yo llevaré su acento...

cuando en un triste momento...

se arrodillen... á llorar...!

Siempre velaré... sobre ellos...

siempre... marchando á su lado

y escucharé... acongojado...

el jay!.. de su corazon...!

¡Ah!... dejadme que perezca...

no me arranqueis de este sitio...!
¡Quién habrá...quien...que merezca..
como yo... la compasion...?
Aqui pasé... tantos dias...
de soledad... de miseria...
de lágrimas y agonias...
que amo... aun el mismo pesar...
amo... estas negras paredes...
este recinto... estas sombras...

ROQUE.

¡Oh! desgracia, lo que puedes!
¡Ella, el infortunio amar!
¡Ella, rica y opulenta,
bella, feliz, candorosa;
ella tan pura y hermosa,
se habrá de apagar tambien!
¡Oh! la miseria ha borrado
sus gracias y su hermosura,
la miseria ha arrebatado
los rizos de aquella sien!
Y nadie, nadie ha venido
para tenderle la mano!
para el mundo está en olvido
como un hombre que murió!
Infamia...! ninguno quiso
remediar su desventura...
pero en noche tan oscura
la luz de paz seré yo.
¡Oh! los ricos! para ellos
las desgracias son mentira!
Los corazones mas bellos
se agostan en el pesar.
Y pedirles un apoyo
es comprar una amargura.
¡Y la esperanza mas pura
para el pobre es espirar!
¡Oh! pedir á algun cadáver.
la sangre helada en sus venas,
pedir rafagas serenas
á la luz que se apagó,

es mendigar de los ricos
el sosten imaginario...
mas... si está oscuro el santuario,
la lámpara seré yo!

ESCENA VI.

Los mismos, Diego, laeayos.

DIEGO.

Veme aqui ya, madre mia.
¡Ah! gracias, gracias, señor, (*a Roque*)
y premie con la ventura
vuestros beneficios, Dios.
Madre, ven: en esta silla
serás llevada...

ROSA.

¡No,... no!..
no quiero...

DIEGO.

Madre querida...
Madre de mi corazon!..
¿quieres morir? ¿No te aflije
ver mi llanto, mi dolor,
mis súplicas....?

ROSA.

Hijo mio...
para perecer... estoy...
bien aqui....

DIEGO.

Vé, de rodillas (*lo hac*)
te lo rogaré—Soy yo,
es tu hijo quien te ruega.
¿Quieres que sea mayor
el horrible sufrimiento
que nos despedaza? No!
no me acongojes. ¡Oh, madre!
no me hagas morir. ¡Por Dios!
ven: pronto te verás salva.

ROSA.

Salva!... si... salva!... que voy

a unirme... allá... con tu padre..
tu padre... que... pereció...

DIEGO.

¡Oh! Dios mio!

ROQUE.

No, señora,

que espero veros mejor

de vuestras dolencias pronto..

Si no lo queréis, yo voy

a haceros llevar por fuerza...

Ea! muchachos!

[á los lacayos—estos acomodan en la silla de manos á Ro.
sa sin que ella haga resistencia, y se la llevan]

DIEGO.

¡Adios!

ROQUE.

¡Os quedais?

DIEGO.

Sí; ya mi madre

va acompañada por vos

y nada temo: yo aguardo

que vengan ahora dos

amigos: ya les he dicho

que los espero, y...

ROQUE.

¡Adios!

Ya sabeis que á cualquier hora

podeis ir... (yéndose)

DIEGO.

¡Gracias, señor! (le toma la mano)

ESCENA VII.

Diego sólo.

¡Ah! tiemblo, me angustio...

ya llegó el instante,

de veros conmigo,

Maria, mi padre!

¡Oh! ¡Cuánto demoran!

¡Parece tan tarde!

¡Qué noche tan triste!
No sé porqué late
tan fuerte mi pecho...
¡Quién sabe! ¡quién sabe!
Si alguna desdicha
mas negra me trae
mi suerte... No tengo
valor... ¡Oh! no sabes
que angustia padezco...
que angustia, mi padre!...
(como si le viniera á la idea repentinamente)
¡Ah!... ¡Dios infinito...!
¡Y pude olvidarme
de tí, madre mia!
Mi pecho combate...
no sé lo que haga...
Yo, tu hijo, dejarte
sola con el Conde...
¡Dios mio! ¡quién sabe,
si ahora perece...!
tal vez en el lance
postrero se encuentre
sin ver que derramen
sus hijos el llanto!
Acaso se abate
triste, moribunda,
me llama, y fugaces
se van sus momentos
y nadie, no, nadie...
me dice: "ya espira,
ya espira tu madre..."
Quien sabe va á morir! y yo la dejo!
la dejo por mirarte, padre mio!
¡No! de tus brazos y de tí me alejo...
no ha de morir en abandono impio!
Envano, envano en mi dolor me quejo...
¡ah! perdona mi amante desvario!
Perdona, sí, que te abandone, ¡oh, padre!
que esta mi corazon... donde mi madre-

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

PREMIO Y CÁSTIGO.

[La misma decoracion del cuadro primero]

ESCENA I.

Clara sola.

¡Qué triste es la noche,
qué pálido el día
si en negra agonía
lloramos de amor!
¡Qué lentas pasaran
anoche mis horas!
¡Ah! solo miraron
mi acerbo dolor!
¡Oh! Pablo! mi amante,
mi cielo, mi vida;
tu imájen querida
me sigue do quier!
¡Dios mio! quién sabe
si en bárbaro anhelo

con Juan en el duelo
marchó a perecer...!

¡Ah! no! nunca! nunca!
tan jóven, tan bello...
no doble su cuello
la suerte fatal!

¡Quién, quién mis halagos
cual Pablo merece?...

Perece! perece
maldito rival!

¡Ah! yo te detesto
malvado asesino...
no me haga el destino
ser tuya jamas!

S!! yo te maldigo!...

Mas... alguien se acerca...

(Tocan á la puerta del fondo)

¡Quién llama?

ESCENA II.

Tomás y Clara.

TOMAS.

El mendigo,

Señora.

CLARA.

¡Tomás?

TOMAS.

Temprano os veo vestida...
muy temprano en el invierno...
parece que os acosara
tambien algun desconsuelo...
Los desgraciados no duermen!
ni vos, á lo que yo veo,
que caen por vuestros hombros
destejidos los cabellos.
Estais pálida... ¡y tan jóven!
tan jóven y ya el veneno
de pesadumbres amargas
destrozará vuestro pecho!

Lástima fuera, á fé mia!
pero... llorosa os contemplo!
¡Ah! muy pronto comenzais
á vivir!... Sí! sí... muy presto
se agolpan á vuestros ojos
lágrimas ¡ay! de despecho...!
Vos tan dulce, vos tan bella,
niña, querida con fuego,
con ardiente idolatria;
vos, que á un anjel del Eterno
prestarais vuestra pureza,
vos, de corazon tan bello,
de tan serena mirada,
de rostro tan casto y tierno,
risueña y encantadora,
y que yo, mísero viejo,
os comparo con las flores
con que perfuman los cielos,
vos; ¡sentís de los dolores
el maldecido veneno!
¡Ah! comenzais a vivir,
jóven infeliz, bien presto!

CLARA.

Bien: ¿y os asombráis?

TOMAS.

Lo juro,
por lo mas santo del cielo.

CLARA.

¡Ah! Tomás... y si os dijera
que vivimos en un tiempo
en que el placer es mentira
y la juventud un sueño!
Si os dijera que es muy raro
no ver un hombre perverso
lleno de ránkgo y fortuna
y la honradez.....pereciendo..!
Si os dijera que en él dia
el amor es finjimiento,
y la amistad interés,
y torpe baldon el mérito;

si mirarais que jamás
sufrió tanto mal el pueblo
ni derramó de sus ojos
tantas lágrimas de fuego,
si vierais que están ahora
los grandes de audacia llenos,
los favoritos de goces,
y muchos, muchos... de miedo!
¿Os asombráis?

TOMAS.

¡Ah!

Señora! Pero yo creo
que el dolor os arrebató.
Hablais del amor, del mérito,
¡vos, la que Pablo idolatra,
Pablo tan noble y tan bueno?

CLARA.

¡Oh! sí! mas él es tan solo
una excepcion. Pero hablemos
de vos, Tomás.

TOMAS.

[*con mucha tristeza*] ¡Ah! señora,
ni una palabra! silencio!
que los dolores muy grandes
mostrarlos es...

CLARA.

Lo comprendo.

La desventura es sagrada
y el pesar es un misterio
que solo entender podrian
los que sufren.

TOMAS.

¡Ah! renuevo

al oír vuestras palabras
las heridas de mi pecho.
¡Oh, cuán desgraciado soy!
¡en qué horroroso tormento
mi corazon se destroza!

CLARA.

Vuestra amargura olvidemos,

y solo de la esperanza
debeis hablar, que tenemos
de que halleis á vuestros...

TOMAS.

¡Basta!

¡basta, señora,... silencio!
¡Ah! ¿no sabéis que ese jóven,
que Pablo, tan noble y bueno
me ha burlado como á un niño?
¡me ha mentido!

CLARA.

¡No lo creo,
perdonad, es imposible...!

TOMAS.

¡Sí, sí! Me dijo, hallarémos
esta noche á tu familia:
estrecharás en tu pecho
tus pobres hijos, tu esposa,
cesará tu desconsuelo,
serás feliz! y yo loco!
loco! soñaba tenerlos
en mis brazos!

CLARA.

¡Y...?

TOMAS.

Partimos,

llegamos al aposento...
y nada! nada...! no habia
sino un miserable lecho,
los vestidos de mi hijo.
¡Ah, sí, mi Rosa, habrá muerto!
¡y él, infeliz! en sus brazos
habrá llevado sus restos,
¡quién sabe! para arrojarlos
sobre el atrio de algun templo.
¡Ah, Dios mio! yo he regado
con triste llanto de fuego
los harapos de mi hijo,
las toscas tablas del lecho!
Yo me he postrado á besar

el húmedo pavimento...
y he puesto en mi corazón
esos vestidos de Diego!
Y entre tanto... en mis oídos
zumbaba horrible un acento
que me decía: "¡Verdugo, [*como si resintie-
ra el eco*]
verdugo, verdugo...!—¡Eterno
será tu infortunio siempre!
¡Dios te maldice!... ¡Ya eres
una presa del infierno!" [*sale Roque por la
puerta derecha*]

ESCENA III.

Los mismos, Roque.

ROQUE.

Felices días—¡Ola! ¡tan temprano aquí, buen To-
más?

TOMAS.

He pasado la noche en vuestra casa—Señor Con-
de, Pablo vino conmigo, y me hizo entrar—¡Oh!
mis hijos!...

ROQUE.

Ya los verás... pronto...

TOMAS.

Sí, muy pronto... En la eternidad!

ROQUE.

Los he mandado buscar por todo Lima, valién-
dome de mis muchas relaciones, y yo mismo hago
lo que puedo para encontrarlos.

TOMAS.

Gracias: pero es tarde.—Mi esposa ha muerto...
mi hijo... se habrá suicidado...!

ROQUE.

¿Has averiguado algo?

TOMAS.

¡Ah, sí!—Fui al cuarto que habitaron; no he po-
dido verlos; he encontrado solo su alojamiento; ha-
bian desaparecido!

ROQUE.

¿Has visto a Pablo esta mañana?

TOMAS.

Lo ví salir muy temprano, pero no me atreví á hablarle una palabra!

CLARA.

¿Habrá marchado al desafío?

TOMAS.

Casi puedo asegurarlo, Señora!

CLARA.

Padre, Tomás, ¡oh, Dios mio! corred, aun es tiempo....!

TOMAS.

¡Inocente!... ¿Creis que no merece una estocada el que impida el justo castigo de un malvado sin razon?

CLARA.

¡Oh! pero si muere Pablo... id. padre mio, volad, no dejéis que se cometa un asesinato! ¡ah! ¡yo moriría...!

ROQUE.

No: Pablo, no puede morir.—Es muy noble, muy jeneroso: seria preciso dudar de la justicia de Dios...

CLARA.

¡Ah! si muere... lo juro, lo juro... no hay justicia...
[desesperada]

ROQUE.

¡Clara!... pero el dolor la extravía... vé, buen Tomás, puede que todavía sea tiempo, marcha.

TOMAS.

Sí... voy á bendecir al cielo sobre el cadáver de D. Juan.—Sé el lugar de la cita, y no dudo que los encontraré. (se va á la calle)

ROQUE.

Ven, hija mia; descansa en tu aposento, y espera que en el duelo no habrá perecido Pablo.

CLARA.

¡Oh! que el cielo lo proteja...!

(Roque conduce á Clara á su aposento.)

ESCENA IV.

Rosa conducida por dos lacayos que la colocan en un sitial.

ROSA.

(sola) ¡Ah! perezco... y ninguno veo entretanto—
Mi hija duerme aun... ¡pobre María!...
la ha sumergido... en el sopor... su llanto...
y yo... sola... en mi última agonía...
vengo á morir... Un velo
cubre mis ojos ya... siento que cunde
de vena en vena... el horroroso hielo
de la muerte... sombría...
¡ah!... no despiertes... no! ¡pobre María!...
Esto es morir... el corazon se abate...
desfallece... mi aliento...
entre la angustia... y el placer... combate
mi triste pensamiento...
Todo á mi lado... jira...
Allí la sombra... de Tomás, me mira...
moribunda... llorosa...
ven, á los cielos... á llevar... á Rosá...!
¡Adios! ¡hijos del alma...
vosotros llorareis en mi sepulcro...
mientras... repose el corazon... en calma...
¡Ah! mi pecho... sin aire... desfallece...!
Sí... llega ya... mi última... agonía...
vuestra madre perece...
¡Oh! no despiertes... no... ¡pobre María!

ESCENA V.

Rosa, María.

MARIA

¡Mi madre! Rosa! ¡alma mia!
¡Veme a tus plantas aquí!
¡Oh! contéstame! Dios santo!
madre!... yo voy á morir!
¡Ah! ¿no me ves? Soy María,

soy tu Maria infeliz,
soy yo, tu hija... ¿no me oyes?

ROSA.

(En delirio—como todo lo demas que habla hasta el fin)

Tomás... Tomás...

MARIA.

¡Rosa, aquí,
aquí me tienes!...

ROSA.

¡Cadenas...!

Sangre...!

MARIA.

¡Se muere...! Sin tí,
sin tí, pobre padre mio!
Socorro!...

ROSA.

¡Hacedle morir!...

la Inquisicion...

MARIA.

¡Ah! Dios mio!

¡Oh! no delires así...
me partes el corazon...!

ROSA.

¡Al cadalso!... pronto... allí...
la hoguera...

MARIA.

¡Madre del alma!

y yo... yo le hago morir!
perece, sí, por mi culpa!
muere de dolor por mí!
Detestable amor! mil veces
maldeciré mi deslizo...!
¡Ah! yo la asesino! yo...
yo la culpable, la vil;
yo me maldigo...!

ROSA.

¡Verdugos!...

MARIA.

¡Oh! parricida! morir!
morir mi madre!

ROSA.

¡Arrastradle!..

¡Que muera!... ¡que muera!... ¡sí!...

MARIA.

¡Ah, D. Juan! ¡yo te aborrezco! —

Tú me arrancaste de allí,
con tus promesas, ¡infame!
la has arrastrado á morir!

¡Oh, socorro!...

ESCENA VI.

Las mismas, Roque.

ROQUE.

[saliendo por la puerta izquierda] ¡Qué tienes!

MARIA.

¡Ah, venid, señor, venid,

Mi madre muere, mi Rosa,

sí, ya se muere; ¡no ois?

¡Sabeis lo que es una madre?

Es, mas que nuestra alma! ¡sí!

es nuestro amor, nuestro anjel!

nuestra ventura... y morir!

¡Ah! salvadla! respondedme!

¡no la dejareis así! (fuera de sí de dolor)

¡no! ¡no es verdad! ¡Cómo puede

perecer mi madre aquí?

sola!... no!... la adoro tanto!...

Es tan buena é infeliz

no se morirá, ¡no es cierto?

¡no es cierto que nó? decid!...

¡Rosa! ¡mi madre! ¡no me oyes?

¡Oh! veme! yo estoy aquí!

no me destroces el alma!

Socorro! se va á morir!...

¡Vedla qué pálida!... apenas

puede respirar... ¡Sí, sí

vos la salvareis...

ROQUE.

¡Oh! pobre,

niña hermosa é infeliz,

¡Qué puedo yo hacer por ella?...
¡lo quereis?... haré venir
á los médicos... haré
que se haga traer aquí
á vuestro Diego.

MARIA.

¡Llamadle!...

¡Oh! sí! mandadle decir
que su Rosa, que su madre
ya va á perecer!...

ESCENA VII.

Los mismos, Clara.

CLARA.

(sale por la puerta derecha) ¡Qué ruido!...

MARIA.

Venid, señora, venid...
ved, es mi madre!...

CLARA.

¡Dios mio!

¡Oh! bendice á esta infeliz!

MARIA.

Vedla! parece un cadáver!
ved en su rostro el matiz
de la muerte!... esa es mi madre!
mi madre!

TOMAS.

[voz dentro] ¡Rosa!...

ROQUE.

(á Maria) Venid... [*le dirige hacia la
puerta derecha*]

MARIA.

No! no!... dejadme!...

ROQUE.

¡Silencio!

volveteis! entrad aquí—
á este aposento; que yo
luego os sacaré: venid—

[Se lleva á Maria, á pesar de sus esfuerzos y la oculta]

ESCENA VIII.

Rosa, Clara, Tomás, Pablo y Diego.

TOMAS.

¡Rosa!..muerta!..sí! muerta!..¡ah! no! respira!

ROSA.

La hoguera... llamas!

TOMAS.

¡Cielo!

va á perecer... delira...

la cubre ya la muerte con su velo

y en el letargo del dolor espira!

¡Diego!... te hallé en mis brazos

cuando volaba á los de Rosa triste,

mas ¡ah! no comprendiste

que se me hacia el corazon pedazos!

Diego!... Diego!.. Maria!...

¡Ah! dónde estais, que á vuestra madre ahora

no quereis consolar en su agonía!

Rosa! veme contigo...!

¡Y al cielo airado contra mí no plugo

por enjugar el llanto del mendigo,

no contemplar la sangre del verdugo!

¡Sí....! ¡tremendo castigo....!

Buscó á mi esposa mi mirada incierta,

y la llegó á encontrar, sí, pero muerta!

DIEGO.

¡Padre! yo estoy aquí: mírame....

TOMAS.

¡Aparta!

¡No eres mi hijo, no! ¡tú la dejaste

perecer de dolor, y sus angustias,

hijo de ingratitud, no mitigaste!

DIEGO.

¡Ah! perdon!....

PABLO.

¡No es su culpa! fué Maria
quien....

TOMAS.

Lo comprendo... deshonrada, impura,
de su crimen infame fué testigo:
hija de maldicion... ¡Yo te maldigo!...

PABLO.

¡No! ¡no! jamás! jamás! Ella es tan pura
como un anjel de luz y de hermosura.
Creyó ser de D. Juan la casta esposa,
y defendió su honor.... tuvo en su pecho
este puñal.... Sí, sí, yo te lo juro,
casto es aun su corazon y puro.

TOMAS.

¡Ah! perdon, hija mia! No, no quiero
sino tu dicha, sí... Fué mi infortunio,
no fué mi voluntad quien te maldijo!
¡Oh! ven á consolarme en mi abandono!

ROSA.

Tomás.... (*se para*)

TOMAS.

Hécme en tus brazos alma mia!

ROSA.

¡Ah! se cumplió. mi...anhelo...postrimero...
muero...feliz...pues en...tus brazos...muero!!!

(*espira*)

Rosa hace el último esfuerzo y cae muerta en el sillón. Diego á su izquierda se arrodilla llorando y sostiene el cuerpo exánime de su madre—Tomás la cubre con sus brazos doblando su frente sobre la de su esposa.—El Conde aprovechando tan triste situación, corre y saca á Maria esta se arroja á los pies de su padre. El Conde mira á Tomás con ademán suplicante y le señala á su hija—Tomás, que en medio de su congoja vuelve su doliente mirada en derredor, la vé y la levanta exclamando..

ESCENA ULTIMA.

**Rosa, Clara, Pablo, Diégo, Tomás, Roque y
Maria.**

[momento de hesitacion]

TOMAS.

¡Hija de mis entrañas, te perdono!
(*abrazándola*)

¡Oh! venid, hijos míos,
y en mi pecho llorad! que vuestro llanto
sea mi expiacion.... ¡Ah! yo os bendigo!
¡Hijos, venid á padecer conmigo!
¡Muerta! muerta! ella! Rosa!
ella, mi anjel, mi placer, mi esposa;
muerta! sí, de dolor....

MARIA DIEGO.

¡Oh! madre mia!

(Todos lloran—Clara y Pablo manifiestan en su accion
el sentimiento natural que debe producir tan dolorosa si-
tuacion—Cuadro animado y rápido.)

TOMAS.

Mas, dónde el vil que le arrancó la vida
se pudo guarecer? ¡Quiero matarle!
Pablo! vos lo sabeis! sí, sí! estoy cierto:
decid, ¡adonde está?...decid!..

PABLO.

¡Lo he muerto! [*pausa*]

ROQUE.

Tomás, Diego, Maria;
llorad sobre esos míseros despojos!
¡Ah! bastante castigo
tiene el verdugo ya! solo nos queda
el desdichado amigo,
el hombre de dolores, el mendigo!
Y tú, jóven audáz, noble y valiente,
(*á Pablo*)
ven á mis brazos, ven, alza orgullosa
sobre todos la frente,
y estrecha entre tus brazos á tu esposa.
[Presentándole á su hija]

TOMAS.

¡Yo te venero, Dios mio!
que en tu justicia te plugo
los crímenes del verdugo
con la desdicha borrar.

Y tú, espíritu inocente,
que te levantaste al cielo,
por tus hijos en el suelo
ven, amorosa á velar!

¡Ah! yo expiaré con mi llanto
la mancha que va conmigo.

Solo te ruego, ¡Dios santo!
que cubras bajo tu manto

LA FAMILIA DEL MENDIGO.

Fiu del Drama.